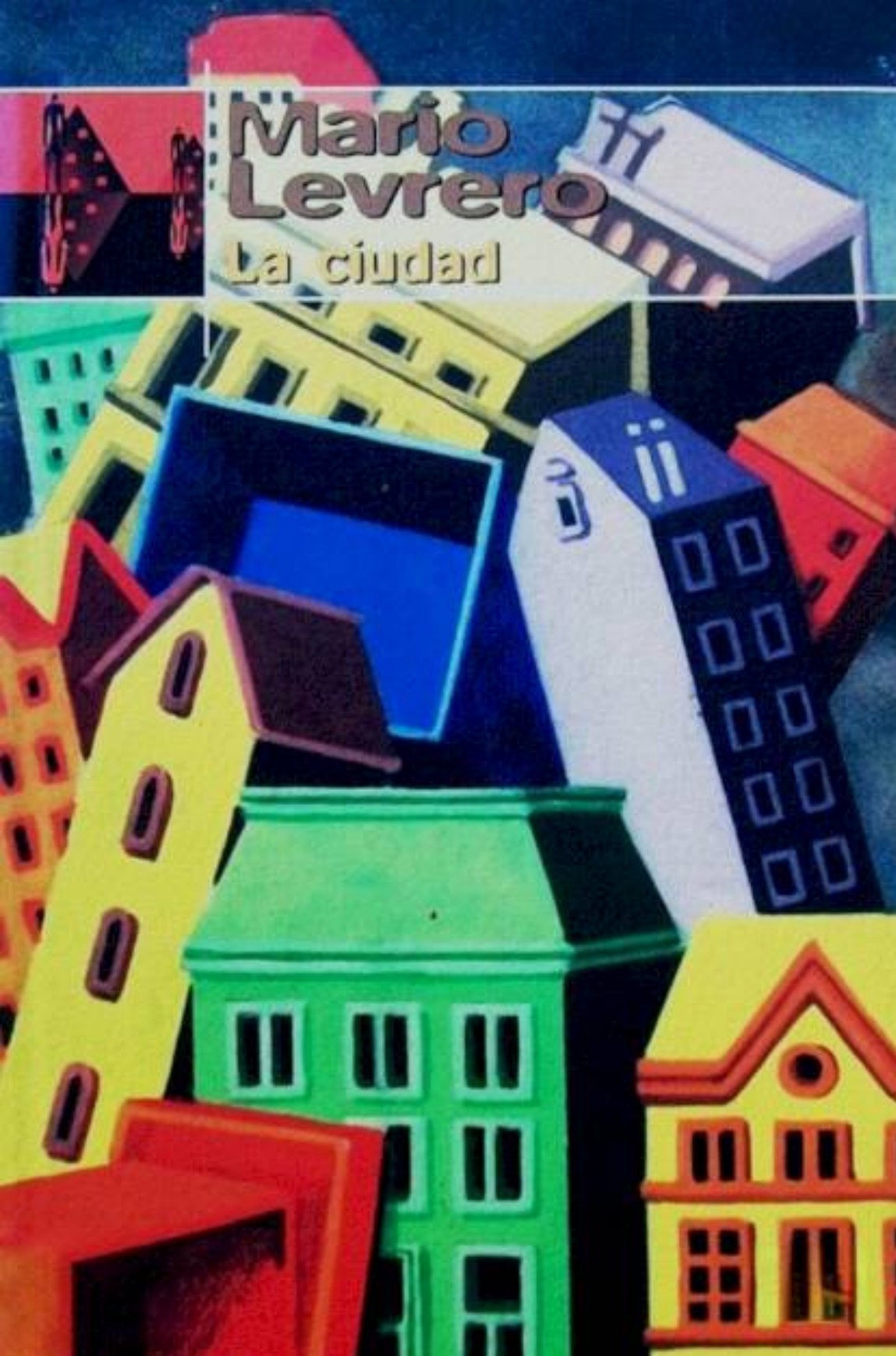


# Mario Levrero

La ciudad



*La ciudad* es ya un clásico de las letras uruguayas. El protagonista, que acaba de mudarse en una casa inhóspita, sale la primera noche a buscar comida y se pierde en la oscuridad y la lluvia, iniciando una aventura, mezcla de sueño y pesadilla, por un mundo de leyes incomprensibles pero precisas e implacables.

## A Tola Invernizzi

—Veo allá lejos una ciudad, ¿es a la que te refieres?

—Es posible, pero no comprendo cómo puedes avistar allá una ciudad, pues yo sólo veo algo desde que me lo indicaste, y nada más que algunos contornos imprecisos en la niebla.

KAFKA

## PRÓLOGO

### La lógica de un sueño

No se puede leer *La ciudad* sin un sentimiento de desasosiego que en muchos pasajes linda con una forma amortiguada pero persistente de exasperación. Y sin embargo, la superficie del relato es de una perfecta neutralidad, de una transparencia expositiva y sintáctica que no se altera en ningún momento, y en la que no hay adornos ni golpes de efecto. La novela se abre con unas palabras de Kafka que aluden a una ciudad hipotética o inasible, y esa cita, más que una intención, lo que marca es una cierta tonalidad. Como en las fábulas de Kafka, en *La ciudad* apenas hay asideros espaciales o temporales que delimiten la historia, y su narrador, su dudoso protagonista, que no tiene nombre, se mueve por una geografía despojada de ellos, de modo que es una sorpresa, y casi una revelación, que muy cerca del final se aluda a un punto de destino localizable en los mapas: Montevideo.

Tampoco hay casi nombres de personas: descubrimos por azar el de una mujer, Ana, y el de un raro anfitrión y empleado, Giménez, pero incluso esos nombres tienen mucho de genérico, de nombres puramente abstractos que igual podían haberse aplicado a otros, o ser falsos. Desconocemos, como el narrador, los nombres de las personas que se cruzan con él y de los lugares por los que pasa, no porque él no llegue a saberlos, sino porque suelen carecer de ellos. *La ciudad*, lo que arbitrariamente se llama ciudad, no tiene un letrero que la anuncie en la carretera, y tampoco tiene contornos precisos, y ni siquiera lógica: una inmensa y flamante estación de servicio en un lugar por donde no pasan coches, una serie de edificios más o menos en rui-

nas. Imaginamos la aldea a la que llega el agrimensor K., pero en ella, al menos, aunque tampoco tiene nombre, hay un castillo que la domina y que la identifica, un punto hacia el cual se orientan las miradas y las voluntades, el imán de un misterio.

Desde la primera línea de este libro singular uno ya está plenamente instalado en el desasosiego: todo lo que se cuenta es vívido y preciso, pero también es abstracto, e intuimos que posee una lógica oculta, pero en apariencia los hechos y los lugares no se organizan en un sentido previsible: la sensación es muy parecida a la que tenemos en algunos sueños, pero los sueños suelen ser inquietos y de algún modo caóticos, de una inconsistencia temblorosa, al menos al recordarlos, y en esta historia todo tiene un aire inaceptable de serenidad. Un hombre llega a una casa para instalarse en ella, pero la casa pertenece o ha pertenecido a otros y lleva mucho tiempo cerrada, y el orden de los muebles, como fosilizado por el tiempo, desconcierta al nuevo habitante, que debe pasar en ella la noche, pero no tiene luz eléctrica, ni esperanza de comodidad, porque todo está empapado, todo tan húmedo como el aire de la noche lluviosa, a la que él sale, sin meditarlo mucho, en busca de un almacén donde comprar algunas cosas, un almacén que no sabe o no recuerda dónde está, y que de cualquier modo no podría encontrar, porque es noche cerrada y hace mucho tiempo que no ha estado por esos caminos, si es que los ha recorrido alguna vez...

Cada libro de verdad valioso nos impone desde el principio un estado de ánimo, una determinada actitud hacia lo que estamos leyendo. Desde el principio de *La ciudad* el lector se ve sometido a una rara discordia entre la avidez de continuar la lectura y un impulso de interrumpirla y abandonarla, parecido al deseo o a la urgencia de despertar que nos inquietan en el interior de algunos sueños, o a ese principio de crispación nerviosa que contiene algunas veces la mejor música del siglo XX. Queremos saber qué va

a ocurrirle a ese hombre perdido, tan perdido como los niños en los bosques de los cuentos; queremos que se seque su ropa, que encuentre su casa, que consiga fumar un cigarrillo, y lo que nos exaspera no es que le cueste tanto culminar sus propósitos, hasta los más nimios, sino que se tome los contratiempos que sufre con una calma o una indiferencia que para nosotros, los lectores, es imposible.

Esa calma inhumana procede de la aplicación de una rigurosa racionalidad a sucesos que no la tienen, y parece a la cara impassible con que Buster Keaton presencia los mayores desastres, los acontecimientos más inesperados. El humorismo de Keaton no es ajeno al de Franz Kafka (que lo tiene, y mucho, a pesar de su leyenda de sombría angustia), y compensa la impávida monotonía del infortunio que aflige a su héroe, su imposibilidad de culminar con éxito cualquier propósito. En Mario Levrero yo intuyo un fondo más denso de amargura: la mujer rozada y casi ofrecida y de pronto inalcanzable, la búsqueda por un laberinto de pasillos y puertas cerradas y escaleras sumergidas en la oscuridad, los campos desolados sin huella de presencia humana, la carretera que no parece que lleve a ninguna parte, el tren con las puertas cerradas. Igual que en Franz Kafka, la ley es oscura, pero la culpa es cierta, y el castigo —el destierro— inevitable.

Por algún motivo, un estilo y una imaginación como los de Mario Levrero son raros en la literatura escrita en español: demasiado austero, demasiado recatado y liso para la retórica instintiva de nuestro idioma. Y sin embargo, a este escritor tan raro y tan solo yo le intuyo parentescos que me son muy queridos: este hombre que llega a una casa invadida por la humedad y se pierde en la carretera a oscuras se parece a aquel otro que viajó a un pueblo llamado Comala en busca de su padre, Pedro Páramo, al que no había visto nunca. Estos paisajes lluviosos, esas oficinas y dependencias minuciosamente organizadas y gangrenadas a la vez por la inutilidad y el desastre nos habían contagiado ya

una melancolía y una exasperación semejantes en otra novela uruguaya, *El astillero*, de Juan Carlos Onetti. A esa estirpe recóndita de escritores en el español de América pertenece Mario Levrero.

Antonio Muñoz Molina  
Madrid, junio de 1999

## PRIMERA PARTE

## 1

La casa, al parecer, no había sido habitada ni abiertas sus puertas y ventanas durante muchos años.

El interior estaba en orden, aunque adecuado al gusto y las necesidades de los anteriores habitantes —equivalente, para mí, a un desorden—. Pero, quiero decir, no había objetos tirados en el suelo, y los muebles, en lugares que si bien podrían no ser los indicados para mi comodidad, no estorbaban el paso, ni ocupaban posiciones sin sentido (como suele ocurrir, de encontrar una mesa de luz con la puerta vuelta hacia la pared, o una cómoda colocada de tal modo junto a otro mueble que resulta imposible abrir sus cajones).

Quizá antes de entrar, en el momento de abrir la puerta, noté la humedad; las paredes y el techo goteaban, todas las cosas estaban húmedas, como cubiertas de baba, el piso resbaloso. Y el aire enrarecido, con olor a cerrado y a larga ausencia de seres humanos.

El tiempo no ayudaba; desde hacía unos días no se veía el sol, y caía sin tregua una fina llovizna y, de vez en cuando, un chaparrón muy fuerte. La casa no tenía ningún sistema de calefacción; me iba a ser imposible desalojar la humedad por el momento.

En la cocina había un viejo primus, pero nada de combustible; sólo unas botellas, con olor a querosene, amontonadas debajo de la piletta, detrás de una cortina de nailon.

Recordé que, no muy lejos de allí, había un almacén; me pareció que la primera medida sensata sería salir, aún

bajo la lluvia y a pesar del cansancio, a comprar querosene para tratar de hacer andar el primus.

Pero luego pensé que quizá no valiera la pena; no podría secar la humedad ni siquiera de las cosas más necesarias, como la ropa de cama y la que tenía puesta; si bien me sería útil para preparar alguna bebida caliente, que necesitaba, esto no parecía compensar la caminata.

En principio abrí las ventanas, y lentamente comenzó a circular un aire nuevo, aunque el olor a cerrado persistiría por algún tiempo; luego comencé a ordenar —o desordenar— las cosas, a fin de poder habitar, aunque en forma precaria, la casa.

Quitó los colchones, que estaban doblados sobre las camas, y los amontoné en el suelo; luego, con algunas ropas que traía en las valijas, improvisé un lecho, sobre el elástico oxidado de una de las camas.

La noche se acercaba y tenía que encontrar la manera de pasarla con un mínimo de comodidad; quizá al día siguiente brillara el sol, y todo me resultara más fácil.

Finalmente resolví ir al almacén. No se me había ocurrido traer algo para comer, y empezaba a sentir hambre; y al tratar de encender la luz —porque en el interior de la casa se veía poco, aunque faltaba un buen rato para que cayera la noche— encontré que no había corriente eléctrica. Busqué una llave general, o una caja de tapones, pero no hallé nada; luego se me ocurrió que era muy probable que la compañía de electricidad hubiera cortado el suministro, por falta de pago, quizá mucho tiempo atrás. Al no encontrar, tampoco, velas o un farol, me puse entonces, más por costumbre que por protección real, el impermeable que me había quitado al entrar, y salí, dejando abiertas puertas y ventanas, y comencé a caminar.

No estaba seguro de la ubicación del almacén; luego me di cuenta de que más bien no tenía mayor idea del lugar donde podría encontrarse. Había ido una sola vez, hacía años, y en compañía de otra persona —sin necesidad

de prestarle especial atención al recorrido para fijarlo en la memoria; y, aunque lo hubiese hecho, probablemente ya lo habría olvidado.

Con todo, me sentí impulsado a caminar hacia la derecha, y a buscar con la vista una señal que despertara el recuerdo.

Había pocas casas, y no parecían estar habitables. Paredes descascaradas e incluso semiderruidas; jardines invadidos por altos pastos y plantas silvestres, y una desoladora ausencia de signos de vida humana.

Me sentí desanimado y pensé en volver; tanto los descampados que bordeaban el camino, como las casas, y las bifurcaciones o los caminitos laterales, parecían iguales entre sí, sin ninguna particularidad que me invitara a la esperanza. Sin embargo seguí caminando, un poco por inercia, y también porque no quería volver, con el estómago vacío, a pasar una noche angustiada en aquella casa húmeda y oscura.

Caía, en efecto, la noche; los contornos de las cosas, ya un poco diluidos por el agua, iban perdiendo toda nitidez. Pensé que en algún momento, debido a la oscuridad que progresaba, se encendería un foco de luz en alguna parte. Allí encontraría un sitio para reponer fuerzas.

Pero pronto la oscuridad fue total, y el foco esperado no se encendió.

## 2

La situación fue empeorando.

La lluvia, que ya me había obligado a quitarme los lentes, ahora me entraba en los ojos, después de saturar las cejas. Mi pañuelo chorreaba agua, y me resultaba imposible continuar secándome los ojos y la frente.

A menudo salía del camino, o metía los pies en charcos. Resolví quitarme zapatos y medias, que, empapados, servían sólo de estorbo. El impermeable tampoco tenía ya ninguna utilidad; el agua, con su persistencia, se colaba por todas partes, hasta en el interior de los bolsillos.

Luego intenté el regreso, dejando por completo de lado la idea del almacén; la única idea que cabía, en esas condiciones, era la de encontrar un refugio, escapar a la lluvia lo más pronto posible. Pero la oscuridad, y los resbalones y las caídas —especialmente las que sufría al salirme del camino— me habían desorientado, y seguía andando sin saber si me acercaba o me alejaba de la casa.

Anduve mucho tiempo así, no sé cuánto, tropezando y maldiciendo, moviéndome por la sola voluntad de las piernas, con ganas de tenderme en el camino y quedarme allí, en desesperada resignación. De pronto, a lo lejos, divisé un par de luces en movimiento.

A causa de la distancia, de la lluvia, de las ondulaciones del camino, dudaba de la dirección en que las luces se movían; a veces parecían alejarse. Pero pronto se hizo evidente que se acercaban y por fin el vehículo, que resultó ser un viejo camión, estuvo a pocos metros. La luz de los faros me reveló que yo estaba muy al costado del camino, y era pro-

bable que el conductor no tuviera posibilidad de verme; corrí, moviendo con dificultad mis piernas insensibilizadas, y agité los brazos. El camión se detuvo.

Me aproximé a la ventanilla del conductor; no podía ver a quién me dirigía porque la cabina estaba a oscuras, y en ese momento apagaron los faros.

—Por favor —exclamé—. Permítame subir, lléveme a alguna parte.

No hubo una respuesta inmediata; me pareció oír una discusión, aunque el ruido del motor —que el chofer mantenía acelerado— no me permitía escuchar las palabras. Al fin, se oyó una gruesa voz:

—¡Suba!

Sonó como una orden.

Me costó alcanzar la otra puerta; en un principio había pensado en dar la vuelta por detrás, pero temí que el camión arrancara sin darme tiempo a subir. Tuve también una duda, sobre si debía viajar en la cabina, donde era posible que no hubiese espacio, ya que además del conductor viajaba por lo menos otra persona. Pero sin detenerme a pensarlo di la vuelta por delante y busqué la manija de la portezuela, que ubiqué con cierta dificultad; desde adentro no se hizo ningún esfuerzo por ayudarme. Al fin conseguí abrir y trepé penosamente hasta el asiento, demasiado alto.

Como en muchos camiones, no había ningún tipo de estribo y, para subir, era necesario apoyar un pie en la rueda.

La voz murmuró algo así como que no tenía toda la noche por delante y que podía haber subido con mayor rapidez; el camión arrancó antes de que yo tuviera tiempo de cerrar la portezuela.

Dentro de la cabina, la escasa luz de los focos que reflejaba el camino permitía ver algo; así me enteré de que junto al conductor iba una mujer, pero no pude distinguir mucho de las facciones de ninguno de ellos. El camionero tenía espesos bigotes, y una nariz bastante grande; el rostro

de la mujer estaba más en sombra. Apenas pude ver el pelo, que le caía sobre la cara.

—¡Está chorreando agua! —exclamó la mujer sin mirarme, después de un breve silencio que también me resultaba agresivo. Luego habló con el camionero, en otro tono—. Ya te dije que no debíamos dejarlo subir.

El hombre permaneció mudo; ella, en cambio, siguió murmurando, aunque sin dirigirse a ninguno de nosotros en particular. Pensé que debía decir algo, y aproveché un respiro de la mujer para explicar que no conocía la zona, que había salido a hacer una compra y que la noche me había sorprendido sin haber podido encontrar el almacén; pero mi historia no pareció despertar el menor interés, y la dejé morir, haciéndose más agresivo el silencio.

Pronto mi atención fue reclamada por un extraño movimiento de la mujer, lento y continuo. Con sorpresa tuve que reconocer que se estaba deslizando, pacientemente, hacia mi lado.

En un principio creí que trataba de acomodarse, y me apreté todo lo que pude contra la portezuela. Como respuesta obtuve, de inmediato, un violento y agudo pellizcón en el brazo derecho, que me hizo retorcer en silencio.

Mientras tanto, seguía parloteando contra mí, describiendo todos los daños que mi ropa mojada le causaba al tapizado del asiento (que, por otra parte, me pareció en muy malas condiciones; un resorte se me clavaba en la espalda y otro en una nalga, y cuando trataba de cambiar de posición siempre aparecía un nuevo resorte para mortificarme).

Y mientras hablaba arrimó su pierna desnuda contra la mía y la frotó levemente, a pesar de que mis pantalones estaban empapados. Yo la observé de reojo, pero ella aparentaba mantener su actitud agresiva, murmurando y sin mirar hacia mi lado. Aparte de causarme asombro, y una cierta inquietud, este comportamiento me llevaba a una primera actitud de rechazo hacia ella; me vi sin saber qué